

**M**auricio Fernández había comprado un artesonado. De esa manera comenzaba, quizás, su aventura más fascinante, al menos desde un punto de vista intelectual. Realmente, el empresario mexicano no tenía ni idea de lo que había adquirido. Su techo, y otro que había comprado su madre, un artesonado policromado de Tarazona, se encontraban en el almacén Raleigh Bounded Warehouse Limited, en Carolina del Norte. Transportar algo tan voluminoso hasta Monterrey no iba a ser sencillo. Para empezar, los anteriores propietarios habían dejado una cuenta pendiente que había que satisfacer para llevárselo. En Estados Unidos existía por entonces, hablamos de 1976, una ley que prohibía transportar por ferrocarril objetos de más de trescientos años, así que la única solución era llevarlo por carretera. Meterlo en México tampoco iba a ser fácil, pues la carga debía pasar en pequeñas cantidades, que es lo que permitían las autoridades del país, para no gravar aun más el traslado.

Fernández contactó con un tal Correa, experto en esas cosas de bordear los obstáculos, de encontrar soluciones, para hacerle llegar los techos. Al final, un año después de haberlo adquirido, doce camiones cargados con 144 cajas (125 del techo de Almagro y 19 del de Tarazona), emprendieron un viaje para cruzar de Norte a Sur los Estados Unidos, más o menos con 60 toneladas. La carga llegó a Laredo, en la frontera, donde, poco a poco, fue pasada al lado mexicano. La operación hubo de repetirse en la garita aduanera del kilómetro 26.

Por fin, en 1977, el techo llega a Monterrey. Fernández consigue que le dejen espacio en una empresa familiar, Pigmentos y Óxidos (PYOSA) y cuatro hombres descargan los camiones. Tardan en hacerlo una semana completa.

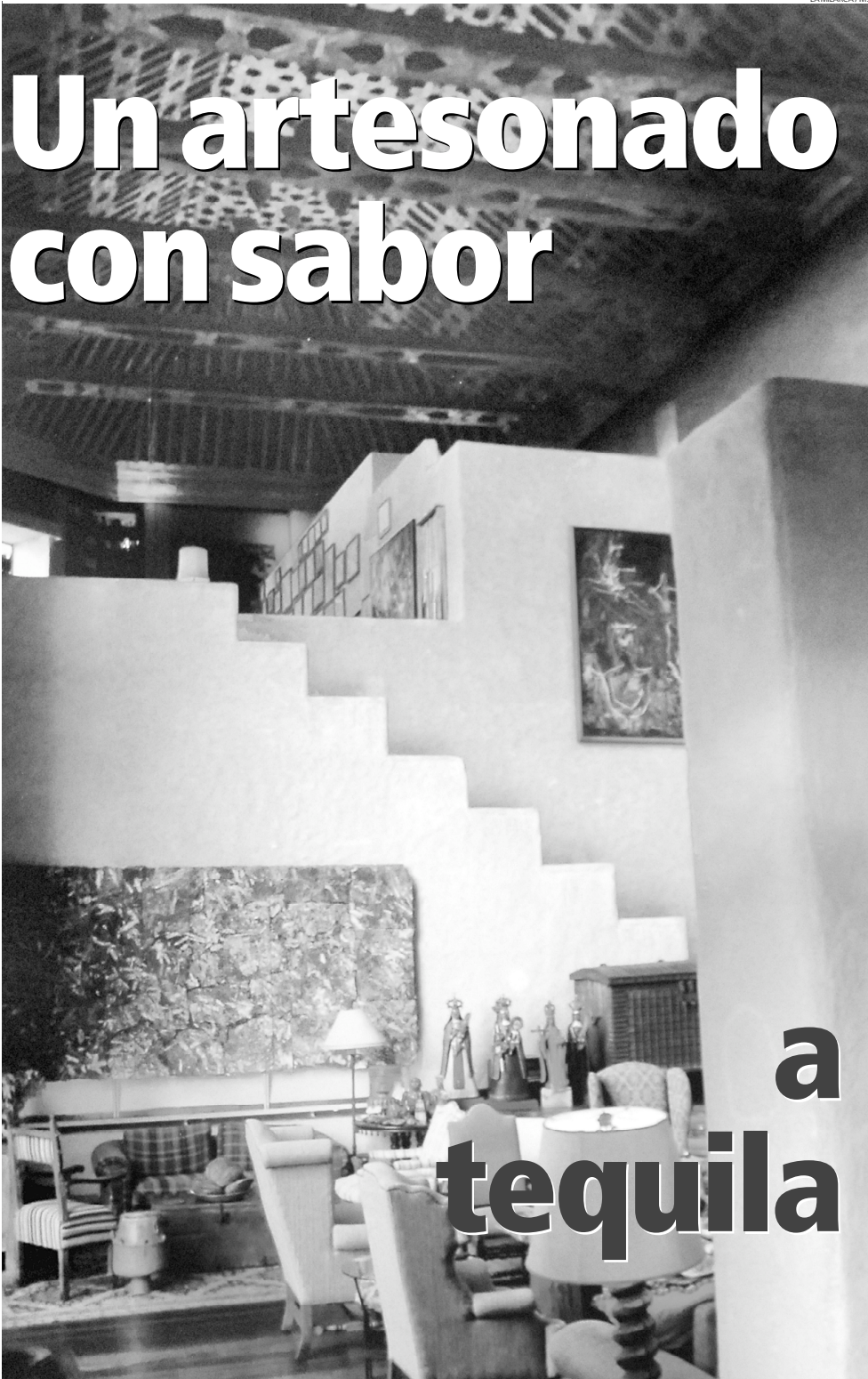
Cualquiera se hubiera desesperado con el panorama. En el exterior del almacén se acumulan barriles de petróleo que contienen miles de piezas de madera. Sí, el artesonado había sido, en parte, almacenado en barriles de petróleo. En el interior se amontonan las maderas más grandes. Con el tiempo, todo aquel batiburrillo empieza a coger forma y las piezas recibirían los nombres con los que los maestros mudéjares se referían a ellos. Con el tiempo, distinguirían entre tensores y adarajas, entenderían que los alfardas no tienen nada que ver con los estribos, o que el mocárabe se construye con prismas de madera, llamaron traveses a las vigas y juntando mocárabes se asombraron con los racimos o piñas... Con el tiempo, el antiguo oficio de los alarifes, de los carpinteros de los blancos, volvería a oírse con acento mexicano.

Pero eso iba a ser con el tiempo, porque en 1977 lo que veía Mauricio Fernández era un enorme puzzle que venía sin instrucciones, una tarea casi imposible.

Aparecen entonces en escena dos personajes que iban a ser claves en la restauración y montaje del artesonado. El primero es el arquitecto Jorge Loyzaga, que se iba a implicar en el proyecto generosamente. Impresionado con el techo de madera almagraño, Loyzaga trazará esbozo tras esbozo, diseño tras diseño, hasta, en un proceso de diálogo siempre abierto con los propietarios, dar forma a La Milarca, la casa que nace del artesonado, un espacio único, cargado de colecciones valiosísimas de mapas de México, de geodas, de obras de arte del más variado pelaje...

Pero si alguien se merece el reconocimiento de los amantes del arte, ese es Manuel Serrano, el restaurador del artesonado. "Cuando me lo propuso Mauricio Fernández dije que sí, pero la verdad es que no sabía por dónde empezar", confiesa en una entrevista Serrano. La tarea es titánica y probablemente no se hubie-

# Un artesonado con sabor



# a tequila

**Resumen de lo publicado:** *William Randolph Hearts compra el artesonado de la iglesia de la Antigua Universidad Renacentista de Almagro y se lo lleva a USA. La crisis de los 30 le obliga a venderlo y el comprador lo almacena hasta que a mediados de los 70 lo adquiere Mauricio Fernández.*

Por **Francisco J. Otero**

MAURICIO FERNÁNDEZ GARZA

## El "alcalde rudo", el mecenas y el empresario

Sin duda, uno de los personajes más sorprendentes de esta sorprendente historia es Mauricio Fernández Garza (12/04/1950). Proviene de una de las familias más pudientes de Nuevo León, es decir, de México, es decir, del Mundo. Los negocios familiares van desde el cemento a las cervezas, del acero al vidrio. Estudia en la Universidad de Purdue, en Indiana, y luego en Monterrey. Su currículum en el área empresarial es enorme, ocupando cargos de responsabilidad en un sinnúmero de compañías, además de fundar otras, como Especialidades Cerveceras, cuya marca, Casta, es sinónimo de calidad en el competitivo mercado mexicano.

Pero quizás la faceta empresarial sea la más prosaica y menos interesante de este hombre, por cuya fortuna y constancia el artesanado de la iglesia de la Antigua Universidad de Almagro volvió a cobrar vida. En estos momentos en México se le conoce, sobre todo, por su labor política. Mauricio es, actualmente, el alcalde de Pedro Garza García, un municipio próximo a Monterrey, cuya renta per capita es de las más altas de Latinoamérica. El narcotráfico ha hecho mella en Nuevo León y la violencia parece haberse adueñado de la vida regional. Mauricio Fernández ha emprendido una guerra contra el narcotráfico, aunque las malas lenguas dicen que sólo con una parte de él. El mismo día de su



proclamación como alcalde, ante más de un centenar de personas, Fernández anunció la muerte de Héctor "el Negro" Saldaña, uno de los narcotraficantes más conocidos, enfrentado a Mauricio desde antes de la campaña. Efectivamente, su cadáver fue encontrado unas horas después con un cartel en el que se podía leer "El jefe de jefes". Para los mal pensados el apodo corresponde a Arturo Beltrán Leyva, rival, en eso de traficar, de Saldaña. Mauricio organiza en la policía municipal lo que él mismo llama un "grupo rudo", un puñado de hombres extremadamente preparados, tanto en entrenamiento como en equipación, para luchar contra el narcotráfico, que como reconoce el alcalde de Pedro Garza García, se "extralimitan de sus competencias constitucionales". Lo malo es que Fernández encargó la depuración del cuerpo policial municipal que heredó a Alberto Mendoza Contreras, "El Chico Malo", brazo derecho de Arturo Beltrán Leyva.

En 2008, Fernández organizó el I Congreso Internacional de Seguridad, Narcotráfico y Delincuencia Organizada, con algunos de los principales expertos mundiales en la materia.

En cuanto a su relación con el Arte, sin duda la obra de su vida ha sido y es La Milarca, una casa, "construida al revés", por el techo, el de la Antigua Universidad Renacentista de Almagro. En su interior alberga impresionantes colecciones y piezas de singular valor. Además del artesanado encajero, Fernández se hizo con varios más, entre los que destacan uno cerámico de singular belleza y uno de media naranja. La colección de arcos góticos franceses ha sido distribuida en varios espacios, construidos ex profeso para realizarlos. Casi todas las puertas son mexicanas del siglo XVI. En las paredes cuelgan mapas originales del país de todas las épocas. Por si fuera poco, los fósiles y las geodas de gran valor se encuentran repartidos por La Milarca y bastantes de los más reconocidos artistas plásticos mexicanos contemporáneos tienen obras en la casa. La idea de Mauricio Fernández es donar la casa, en la que vive solo tras separarse de su mujer, al estado de Nuevo León una vez que se retire de la política con la intención de que La Milarca se convierta en un museo.

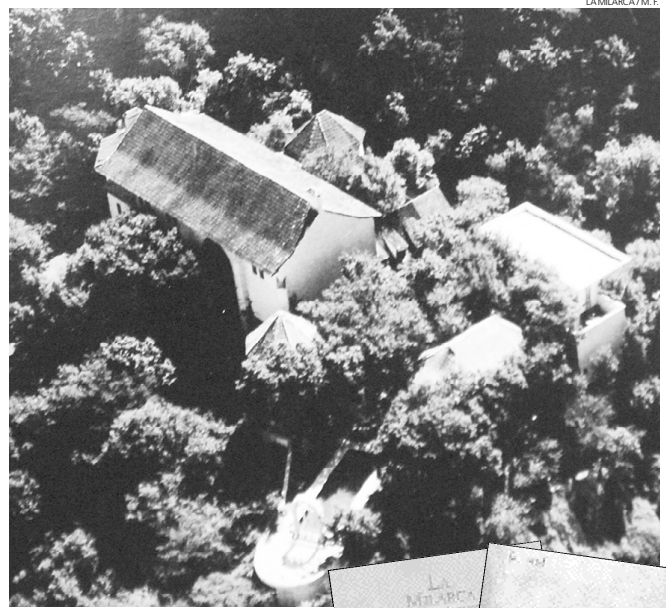
ra concluido con éxito si la casualidad no hubiera puesto en el camino de Mauricio Fernández un libro: *De la carpintería de lo blanco y tratado de alarifes* de Diego López de Arenas, cuya primera edición es de 1633. En sus páginas se escondían las pistas que conducirían al montaje del artesanado, pero no iba a ser tan fácil como leerlo. "Lo primero que hicimos", confiesa Mauricio Fernández, "fue traducirlo al castellano moderno, con los mexicanismos necesarios. Cuando acabamos de hacerlo, seguíamos sin entender demasiado". "El libro es bastante críptico", explica el profesor Enrique Herrera, de la Universidad de Castilla-La Mancha, "al menos para nosotros, para un alarife de la época es de suponer que sería muy claro".

Con la guía del tratado de Arenas, Serrano recorre muchas de las edificaciones que se construyeron en Latinoamérica siguiendo el manual en el siglo XVII. Las cosas empiezan a aclararse y después de mucho estudio y esfuerzo, el restaurador se cree en condiciones de acometer la tarea. En PYOSA, rodeado de un equipo comprometido con la empresa de devol-

ver a la vida el artesanado, se levanta una estructura sobre la que ir dando forma al techo. El trabajo de Serrano va dejando al descubierto una estructura impresionante, una obra sorprendente. "Creamos una atmósfera similar a aquellas en las que fueron construidos los techos: un taller. No contábamos con restauradores, sino con artesanos: carpinteros, ebanistas, dibujantes, ayudantes. El taller se convertía en una escuela casi de carácter religioso. Las herramientas eran sagradas", explica en la revista *Artes de México* el restaurador, que tarda casi dos años en tener listo el artesanado.

No fue fácil tampoco llevarlo hasta lo que iba a ser La Milarca, en un terreno en mitad de la sierra. Una vez allí, encaja perfectamente en el edificio levantado por Loyzaga, que de esa forma comienza a convertirse en un espacio privilegiado, construido para resaltar lo que alberga. El artesanado está sensiblemente más bajo de lo que estuvo en Almagro.

Tras muchas investigaciones, Mauricio Fernández, con la colaboración de Eugenio Logan, profesor universitario en Es-



Arriba, vista aérea de La Milarca. Abajo, el artesanado almacenado en PYOSA. Se pueden ver los barriles de petróleo. A la derecha, el libro escrito por Fernández Garza y el de López de Arenas.



tados Unidos y con muy buenas relaciones con la Fundación Hearts, llega a la conclusión de que el techo granadino que había comprado pertenecía, en realidad, a la iglesia de la Antigua Universidad Renacentista de Almagro. El empresario y político mexicano visita entonces, junto a la que era su mujer, Norma, la localidad encajera, ansioso por reencontrarse con el origen de su tesoro y sediento de información. Pone un anuncio en el *Lanza*, en junio de 1986 pidiendo al que supiese algo que se pusiese en contacto con él. Le responden Ramón José Maldonado, cronista entonces de la ciudad y padre del actual alcalde, Luis Maldonado; y Anselmo Lozano. El primero le encamina a la iglesia y le pone en contacto con Enrique Herrera, profesor universitario y almagreño. Conoce el emplazamiento original del artesanado y queda fascinado con las dimensiones de la iglesia, sobre todo con la altura. Entiende entonces por qué su artesanado parece bruscamente cortado, pues estaba diseñado para cubrir la nave central hasta el crucero, donde se encuentra una bóveda gótica.

El segundo en responderle le cuenta que fueron las herederas de Sixto Lozano, propietario del edificio, quienes vendieron el artesanado a Arthur Byne. La venta fue, por tanto, entre Arthur Byne y Estrella Benítez, mujer de Sixto, y sus dos hijas: María y Estrella.

A Mauricio le dicen en Almagro que el artesanado fue desmontado en 1926 para una exposición en Barcelona. "Eso es una leyenda. Es falso", explica Enrique Herrera, "el techo se desmonta para que se lo lleve Byne".

La historia del artesanado no ha terminado todavía. El actual alcalde de Almagro, Luis Maldonado, sueña con recuperar el aspecto que presentaba la iglesia en su mejores días, aunque sabe que es imposible físicamente. "Ya que no podemos traer de nuevos las piezas que se llevaron, nos gustaría hacer una recreación virtual, un proyecto ambicioso", explica Maldonado. De momento, es sólo un sueño, pero de sueños y constancia saben muchos hombres como Mauricio Fernández. A veces los sueños se hacen realidad, aunque cuesten mucho dinero y mucho trabajo.